

HUELLAS DE LA PICARESCA EN LA FLORIDA DEL INCA

LEONARDO ROSSIELLO RAMÍREZ¹

Introducción

Este trabajo propone una nueva lectura de *La Florida del Inca* (en lo sucesivo abreviado LFI), del cuzqueño Gómez Suárez de Figueroa, en la que se examina la presencia textual de rasgos característicos de la picaresca y se determina sus funciones en la economía narrativa.

La densidad de códigos filosóficos, culturales y lingüísticos de LFI ha generado una multiplicidad de estudios con enfoques disímiles por parte de la crítica. Así, los aspectos históricos e historiográficos merecieron la atención de Miró Quesada (1951), quien estudió la concepción de la Historia del Inca y señaló la influencia de la novela bizantina, las novelas italianas y los libros de caballería; Barraza (1999) la escritura historiográfica y Puppo Walker (1985) el discurso historiográfico de LFI en su contexto. Cuestiones de estrategia militar fueron abordadas por Marín (1954-55). La génesis de la obra y la influencia de los historiadores clásicos latinos merecieron la atención de Durand (1954-55 y 1963) y de Mora (1998). Rodríguez Vechinni (1982) comparó el *Quijote* con LFI; Chang Rodríguez (1982) abordó los aspectos filosóficos; Vaccarella (2004) ha resaltado los ecos de la

¹ Catedrático del Departamento de Lenguas Modernas de la Universidad de Uppsala, Suecia. Es autor de *La narrativa breve uruguaya (1830-1880). Formas y direcciones*, Institutionen för romanska språk, Göteborgs Universitet, 1990 (tesis doctoral), de otros libros y de más de treinta artículos especializados. Dirección electrónica: leonardo.rossiello@moderna.uu.se

resistencia, en tanto que la ideología del autor y el providencialismo fueron estudiados entre otros por Avalor-Arce (1962), Moreno Baez (1954) y Zanetti (2010). Un eje importante de la investigación ha sido lo que podría llamarse una polémica “Historia vs. Ficción”, apuntada ya por Torres Rioseco (17) al referirse a LFI: “[...] Garcilaso [...] introduce en su narración toda clase de episodios fantásticos y legendarios más propios del novelista que del espíritu minucioso del erudito [...]”.

Los estudios, por su cantidad, diversidad y calidad sugieren completitud en ese sentido. No obstante, una nueva lectura de LFI desde la hermenéutica nos ha puesto en evidencia una serie de características que, en conjunto y consideradas desde el punto de vista de las fuentes, conforman para nosotros una novedosa “presencia” de la picaresca en el texto del peruano. Así, nos ha parecido interesante estudiar este aspecto hasta ahora nunca explícitamente abordado por la crítica literaria y que constituye nuestra hipótesis: que operan en LFI algunos rasgos de la picaresca, género *dicendi* que tuvo su auge durante su gestación.

Un abordaje como el que nos proponemos resulta relevante no solo por lo que pueda significar en términos de enriquecimiento del estado de la cuestión sino también porque existe una nueva novela histórica latinoamericana que, a veces, se presenta como neopicaresca en clave de metacrónica, incluso dentro de aquellas del “ciclo del Descubrimiento”, estudiadas por Grillo (2010) y Aracil (2004) entre otros.

En este trabajo se aborda, desde la hermenéutica, la dialéctica entre la interdiscursividad, las estrategias discursivas y los lectores de la época. Después de referir el estado de la cuestión y de exponer algunas observaciones contextualizantes, se discuten los rasgos específicos de la picaresca. Partiendo de una taxonomía establecida, se hace un recorrido isotópico examinando ocurrencias textuales que avalan nuestra hipótesis; a través del estudio se determina que, pese a la ausencia de algunos importantes rasgos de la novela picaresca, como la narración de un relato pseudo-autobiográfico y primopersonal, efectivamente hay huellas de la picaresca en LFI, que, en gran medida, hacen a la excepcionalidad de esta crónica, el primer libro *mestizo* de la literatura hispanoamericana.

Las citas de la fuente primaria provienen de la edición crítica de 1988 de Alianza Editorial, con Introducción y notas de Carmen de Mora; las partes, capítulos y páginas se indican entre paréntesis.

El libro

El texto definitivo es resultado de sucesivas redacciones, para las cuales el Inca se apoyó en fuentes como memorias, relaciones, testimonios personales, poemas épicos y elegías. LFI no solo relata encuentros y choques de culturas sino que, pese a las explícitas protestas de su autor (p. ej. en II/1: 27), se mueve sin solución de continuidad entre el polo histórico-testimonial y el poético-literario. En efecto, LFI se presenta como testimonio y registro historiográfico, como *res gestae* (cfr. de Mora 161) y no como ficción; por lo tanto, las categorías “personaje” y “protagonista” resultan problemáticas y poco relevantes. Además, está ausente en LFI lo que es esencial de la picaresca: el relato ficticio “autobiográfico” de las peripecias de un marginado social. De acuerdo con Costa Milton (253, *passim*), la novela picaresca gira en torno a un antihéroe. Aunque no cuestione el sistema socioeconómico en el que actúa, sus acciones y pensamientos permiten leer el texto como crítica social. LFI carece asimismo de la presencia dominante de la voz narrativa consecuentemente homo e intradiegetica, característica de la novela picaresca.

No obstante hay otros rasgos textuales que hacen pertinente un examen más detenido en busca de ecos de la picaresca. Se trata de la presencia de un narratario o lector explícito; del carácter episódico, presente en las relaciones de casos sucesivos; de los *exempla* comentados de personajes y situaciones dignos de imitar o de evitar que afloran como prédica didáctico-moralizante. Asimismo, del motivo del engaño, actualizado en situaciones con *dramatis personae* representados como embaucadores; del humor derivado de situaciones jocosas y finalmente, de la formulación explícita de una tesis dogmática.

Estos aspectos no solo pueden encontrarse en los textos canónicos del género picaresco sino que su presencia es sistemática y lo configuran. Se presentan en LFI en el plano de la estructura, en el de la historia narrada y sus repercusiones en el plano del discurso y en lo que podría llamarse una teleología ideológica.

La picaresca

El Inca pudo haber conocido algunos antecedentes medievales de la picaresca, en particular la *Celestina* (con la que, siguiendo

a Ferreras (24), “entramos ya en el mundo picaresco”), pero la que más pudo haber influido es la de los quinientistas como *La Lozana andaluza* (1528), el *Lazarillo* (1554) y las narraciones picarescas aparecidas durante el ciclo vital del cuzqueño como el *Guzmán de Alfarache* (1599) y libros de atmósfera picaresca, como *El viaje entretenido* (1603). LFI se publicó el mismo año de la aparición de *La pícaro Justina*, de autoría aún incierta.

En la biblioteca de Gómez Suárez de Figueroa, en la que se encontraron relativamente pocos autores españoles, había sin embargo volúmenes de la *Celestina* y de la primera parte del *Guzmán de Alfarache*. El catálogo, incompleto, fue publicado en 1935 por José de la Torre y el Cerro (cfr. Durán 1948: 239 ss.).

La tradición crítico-teórica y hermenéutica desde la aparición de la picaresca es abundante y plena de polémicas en torno a la definición del género. Remitimos a los estudios de Zamora Vicente ([1962] 2002), Guillén (1971), Lázaro Carreter (1972 y 1978), Rey Hazas (1990) y Sevilla (2001). Desde una perspectiva europea pueden destacarse los trabajos de Alexander Parker (1971) y Garrido Ardila (2009), quien propone (433 s.) que en realidad la novela picaresca es un *subgénero*: “La picaresca se inserta en el género de la novela, por lo que, para mayor precisión, puede asignársele la etiqueta de subgénero novelístico”.

Nosotros preferimos referirnos a “la picaresca”, esto es, a las *narraciones* picarescas con una serie de rasgos característicos, aunque no privativos, cuya suma la define. Así, definimos la narración picaresca como aquella en la que a por lo menos un narratorio o lector explícito se relatan, por lo general intra y homodiegeticamente, una serie de episodios, presentados *ab ovo* y en orden cronológico, protagonizados por un personaje subalterno y estigmatizado, proveniente de los estratos bajos de la sociedad y acreedor de una importante deuda social.

Retomando productivos alcances de Jolles (29 ss.), se puede asumir que la hagiografía, actualizada en numerosas² *vitaes* de santos, presenta *imitables*, es decir, modelos humanos y comportamientos dignos de ser imitados, de acuerdo con el sentido latino del concepto

² Jolles (30) indica que la colección de la revista *Analecta Bollandiana* contenía hacia 1930 veinte mil vidas de santos.

de *imitatio*. Y lo hace junto con unas prédicas más o menos explícitas. Jolles propone como anti-*imitabiles* a figuras que hacen pactos con el demonio (Simon Magnus, Roberto el Diablo, Don Juan, Fausto).

En esa línea de pensamiento, proponemos que la picaresca presenta ante todo un modelo de personaje y de acciones que no conviene imitar. Si el santo es representado en la hagiografía como un *imitabile*, el pícaro es representado en tanto que anti-*imitabile*. La picaresca adopta así una posición opuesta a la hagiografía. Ambas formas narrativas contemplan y confluyen de maneras diversas en un propósito común —la prédica moralizante y doctrinal— a partir de formas inferenciales posibilitadas por la inducción y, más concretamente, por la forma *exemplum*. El personaje pícaro y sus acciones —y ese rasgo se hace más evidente en la picaresca barroca— habilita este tipo de digresiones, que, entre episodio y episodio, especialmente a partir del triunfo de la Contrarreforma, tienden a expandirse, al punto que se invierte la relación acción/ comentario de la acción (esto es, discurso diegético/ discurso ensayístico) y la primera deviene pretexto para amplificar el segundo. Al contrario del *imitabile* de la hagiografía, de cuyas acciones ejemplares se deriva una prédica de lo que debería hacerse, el pícaro es un “anti-*imitabile*”: la enseñanza didáctico-moralizante se deriva del ejemplo negativo, o sea, lo que *no* debe hacerse. La picaresca es así una narración de aprendizaje y una anti-hagiografía. Como en esta última, y a menudo como en el sermón, los *exempla* son formas estructurantes retórico-argumentativas basadas en la inducción, es decir, en los procesos inferenciales del lector a partir de ejemplos “negativos”, aunque también se destaquen en ocasiones ejemplos dignos de imitarse.

Este protagonista utiliza el engaño puesto en sistema como principal método para sobrevivir y ascender socialmente, lo que genera situaciones jocosas y el humor se hace presente como importante ingrediente discursivo. El protagonista sufre una serie de peripecias que le provocan trasmutaciones y cambios en su perfil psicológico. Hacia el final accede a formas *non sanctas* de integración social. Desde su ganada experiencia, narra, reflexiona de manera irónica entregando una prédica más o menos evidente sobre aspectos éticos y morales de la vida suya y aun en general. Por lo menos una tesis subyacente o a veces explícita, de orden doctrinal o confesional, suele justificar el relato. Veamos ahora cuáles de estos rasgos se encuentran en LFI y cuáles son sus funciones.

El narratario o el lector explícito

La emblemática y memorable apelación a un lector explícito del comienzo del *Lazarillo* también está presente en LFI, “Dirigida al serenísimo príncipe, duque de Bragança, etc.”, especificada en la siguiente página inicial: “Al eccelentíssimo señor don Theodosio de Portugal, duque de Bragança y de Barcelos, etc.”. En el texto que sigue el Inca explica la “obligación” que siente y el “atrevimiento” de dedicar a “Vuestra Excelencia” esta historia, con el pedido de que “se digne a admitir y recibir este pequeño servicio”. (95, 97 s.). Más allá del enunciado téngase en cuenta el acto, el contexto y las consecuencias de la enunciación: apelar a lectores explícitos es también una manera del escritor peruano, hombre a caballo entre dos culturas, de defender la verosimilitud de lo expuesto.

El subsiguiente “Proemio al lector” también puede verse como una referencia al narratario. Va más allá el Inca en materia de apelaciones a narratarios; afirma la veracidad de los hechos (“[...]para que se crea que no escribimos ficciones [...]”) en circunstancias en que la historia en realidad tiene un destinatario más amplio, merecedor de la verdad: “[...] que no me fuera lícito hazerlo [escribir ficciones] aviéndose de presentar esta relación a toda la república de España, la cual tendría razón de indignarse contra mí si se la huviesse hecho siniestra y falsa”. (“Proemio al lector”: 102).

Desde el título de la obra se verifica la presencia retórica de la *aequitas* (cfr. Lausberg §123; 202) o equidad; tanto los “cavalleros españoles” como los “yndios” reciben el calificativo de “heroicos”; en el texto el Inca procura mantenerla. Una forma de apelación al narratario español funciona en la oposición entre un “nosotros” y un “ellos”, donde los invasores son presentados con fórmulas que a menudo incluyen referencias al ámbito cultural peninsular del peruano, por ejemplo, “el valor de la nación española” (II, I/14: 185) o “los christianos” (III/6: 315).

En el plano de la enunciación, determinados déicticos evidencian, además del sujeto de la enunciación, sus circunstancias y espacios, involucrando y apelando indirectamente al narratario. Por ejemplo Hernán Ponce, dice el Inca, “[...] alçó las velas y se vino a España [...]” (I/15: 144).

Finalmente, señalemos otro recurso con el que el Inca involucra al narratario: la abundante presencia de formas de la primera

persona del plural. “Nuestra historia” se halla abundantemente, pero también en referencias al acto escritural en el plano de la enunciación, por ejemplo el comienzo del capítulo IV de la tercera parte: “Los cuatro cavalleros que [...] dexamos en el camino”, o bien “Bolviendo a nuestro primer propósito [...] la escribiremos en lo porvenir, diré [...]” (II, I/27: 221). Fórmulas para el actor colectivo al estilo de un “nuestros” inclusivo, v.gr. “nuestros españoles” (III/36: 403) operan en el mismo sentido.

El carácter episódico

Mencionemos en primer lugar aspectos de la macroestructura, que emparentan la narración con no pocas novelas en las que el viaje es el elemento estructurante. En su “Prólogo al lector” el autor peruano se refiere a dos de sus fuentes, la crónica de Alonso de Carmo-
na y la de Juan Coles, pero señala deficiencias estructurales en ellas: “Verdad es que en su proceder no llevan sucesión de tiempo [...] ni orden en los hechos que cuentan, porque van anteponiendo unos y posponiendo otros [...]” (101). El Inca se refiere a esa presentación de las crónicas en las que a veces se apoyará —no sin subrayar su brevedad— en términos de “inadvertencias”. Muestra así una voluntad no solo de rellenar vacíos sino además de organizar el relato de manera cronológica. En ese sentido, señala de Mora (41):

Recordemos que en la historiografía renacentista, por influjo italiano, una buena parte de la verosimilitud —no existía entonces diferencia entre lo verdadero y lo verosímil— se apoyaba en la ordenación de los hechos y en la coherencia de las partes con el todo.

Puede comprobarse que en LFI los episodios se suceden, si bien en algunas ocasiones el Inca usa recursos propios de la literatura de ficción como la analepsis.

Para descargo de los de la ciudad, será razón que digamos la causa que les movió a dar este mal aviso, por lo cual sucedió lo que se a [*sic*] dicho. [...] Para lo cual es de saber que diez días antes que el gobernador llegase al puerto, avía entrado en él una muy hermosa nao de un Diego Pérez [...] (I/9: 126).

Esto indica una diferencia respecto a la picaresca “clásica”, pero no es una diferencia estructural, puesto que los episodios siguen en términos generales, y marcadamente, un orden cronológico.

En aras de potenciar el interés el Inca Garcilaso utiliza elementos propios de la intriga, como el suspense: “[...] no fue poca ventura según venían fatigados de lo que avían trabajado. Donde los dexaremos por decir lo que el gobernador hizo entretanto en Apalache.” (II/9: 254) y la prolepsis: “Los indios [...] quisieron suplir la falta y descuido que tuvieron [...], como luego veremos.” (II/19: 282).

No obstante, el rasgo concomitante de LFI con la picaresca es la sucesión de capítulos y de episodios, marcados los primeros por espacios en blanco, una numeración correspondiente y, lo que es rasgo de época, un resumen de los contenidos: “Cap. I. Salen los españoles del alojamiento de Chicaça y combaten el fuerte de Alibamo” (IV/1: 415).

El carácter episódico en la picaresca está subrayado por la ausencia de enlaces narrativos (esto es, de indicaciones temporales y de relaciones de causalidad que vinculen uno y otro episodio) entre capítulos o fragmentos textuales. En LFI el carácter episódico también está marcado por espacios en blanco, por la organización en partes y capítulos correspondientes y por la subtitulación.

Imitables y anti-imitables

La narración de ejemplos no edificantes y la prédica en su contra también se encuentra en LFI. El autor utiliza ejemplos para expandir un cuerpo de opiniones de corte ideológico. En el elenco de LFI figuran numerosos anti-*imitables*, sin que por ello tengan necesariamente las características del pícaro. Ejemplo de ello es el cacique Vitachuco: “Ensobervecido [...] con estas imaginaciones que los imprudentes y locos, para su mayor mal y perdición, suelen concebir, llamó a sus capitanes, y, dándoles cuenta de sus vanos pensamientos y locura [...]” (II/23: 208). En cambio, otros se acercan más a la imagen tradicional del pícaro. Un buen ejemplo es el “soldadillo” Francisco Enríquez:

[...] no valía nada, y, aunque tenía buen nombre, era un cuitado más para truhán que para soldado, con quien se burlaban muchos españoles, el cual

estaba enfermo en la enfermería, que muchos días avía lo traían a cuestras. Pues como sintiese el fuego y el ímpetu de los enemigos, salió huyendo de la enfermería y, a pocos passos que dio por la calle, topó un indio que le dio un flechazo por una ingle [...]. (III/37: 408 s.)

Como coda moralizante, este personaje sufre luego la repreñión, las burlas y el denuesto de sus compañeros de armas. Como en este ejemplo, el escritor peruano concluye a menudo la relación de episodios con breves comentarios edificantes: “Al otro indio [...] le sucedió mejor, porque a los osados, como a gente que lo merece, favorece la fortuna” (II/9: 252). No es de extrañar en un autor que ha sido capitán que la cobardía resulte un ejemplo negativo:

[...] en la primera arremetida que los indios hizieron contra los castellanos [...] salió huyendo un español natural de una aldea de Badajoz, hombre plebeyo, muy material y rústico, cuyo nombre se ha ido de la memoria. Solo este huyó entonces a espaldas vueltas. Yendo, pues, ya fuera de peligro, aunque a su parecer no lo debía estar, dio una gran caída de la cual por [e]ntonçes se levantó, mas donde a poco se cayó muerto sin herida ni señal de golpe [...]. Todos los españoles dixeron que de asombro y de cobardía se avía muerto [...] (III/30: 389).

No obstante, en razón de la *aequitas*, el Inca opone inmediatamente otro caso “en contrario”, de un “fidalgo” que ha combatido valientemente y de igual modo murió “sin herida ni señal de golpe”. Resulta interesante comprobar que en estos dos *exempla*, el anti-*imitabile* inicial es un hombre rústico cuyo nombre se ha perdido, en tanto que el segundo, *imitabile*, llamado Men Rodríguez, era noble. (*op.cit.*, *loc.cit.*)

Es innegable la simpatía que el Inca expresa ante el coraje de los indígenas, como en esta prolepsis: “[...] cuando lleguemos a aquella provincia no nos faltará qué contar de las valentías de los naturales della” (II/18: 279), aunque tampoco deje dudas acerca de qué lado está su ideología y a quiénes considera dignos o no de imitarse. LFI ocupa principalmente el relato de una serie de enfrentamientos entre dos actores dentro de la dialéctica Ellos contra Nosotros: los indios por un lado, casi siempre representados como la alteridad-el Otro-y a menudo mencionados como “los enemigos” (261, *passim*), “los infieles” (260, *passim*) y “bárbaros” (293, *passim*), que cometen “abominables heregías” (550), en tanto que abundan las referencias a los

invasores enviados por la Providencia como “los nuestros” (253, *passim*); “los castellanos” (339, *passim*) y “los cristianos” (II/20: 286), amén del más frecuente “los españoles”. También encarece Gómez Suárez de Figueroa el mérito del “trabajo” y sacrificio de la conquista. Gracias a ellos España ha obtenido enormes riquezas:

Con estos trabajos [...] se ganó el nuevo mundo, de donde traen a España cada año doze y treze millones de oro y plata y piedras preciosas, por lo cual me precio muy mucho de ser hijo de conquistador del Perú, de cuyas armas y trabajos ha redundado tanta honra y provecho a España (nuestro énfasis, III/7: 322)

Lo *imitabile* aquí radica en lo que el autor ensalza como comportamientos edificantes, como por ejemplo la ambición de la honra: “Escrívense estas cosas por menudo [...] porque se vea que la ambición de la honra, más que otra pasión alguna, tiene mucha fuerza en todos los ombres, por bárbaros y agenos que sean de toda buena enseñanza y doctrina.” (IV/10: 441). El movimiento inferencial es inductivo: llegar a una conclusión general a partir de una conclusión parcial:

A que los príncipes y poderosos que son tiranos, cuando con razón o sin ella se dan por ofendidos, suelen pocas veces, o ninguna, corresponder con la reconciliación y perdón que los tales merecen, antes parece que se ofenden más y más de que porfien en su virtud, por lo cual, el que en tal se viere, de mi parecer y mal consejo, vaya a pedir por amor de Dios para comer, cuando no lo tenga de suyo, antes que porfiar en servicio dellos, porque por milagros que en él hagan no bastarán a reducirlo en su gracia. (II/14: 186).

El narratario implícito de este fragmento (“los príncipes y poderosos que son tiranos”), se actualiza en el vituperio del género demostrativo y parece sugerir que el Inca continúa sus digresiones moralizantes sobre otros anti-*imitables*, en este caso los poderosos, en la línea renacentista del “regimiento de príncipes”.

El engaño y la burla

El motivo del engaño (cfr. Smerdou 41 ss.) conforma el acaso más elocuente y típico de los diferentes motivos que recorren el gé-

nero picaresco, desde el *Poema de mío Cid* y el Mester de Clerecía hasta los ejemplos más recientes de la neopicaresca. La actualización consiste en que el pícaro engaña para medrar, usando la astucia y el ingenio contra otros personajes, normalmente a quienes él o ella están subordinados, y de los que no pocas veces se mofa una vez a salvo de las represalias. Este motivo con ese rasgo, también cumple su función en muchas ocurrencias en LFI; veamos algunos ejemplos.

En la segunda parte del libro II se narra cómo un curaca prisionero, que había asegurado a los españoles que llamaría a los demás jefes de la provincia y los convencería de que se sometieran, logró escaparse durante la noche junto con sus indios, evadiendo las persecuciones posteriores. El Inca comenta:

[...] no hallaron rastro dél, porque mal se cobra el páxaro que se escapa de la red. Los indios, aviendo puesto en cobro al curaca, salieron a los christianos y les dixeron mil afrentas y denuestos, haciendo burla y escarnio dellos y, sin hacerles otro enojo, que no quisieron pelear con ellos, los dexaron volver a su real, donde llegaron bien corridos y avergonçados de que un indio, que tan encomendado avían llevado, se les uviesse huido y escapado a gatas. (II/2:260 ss.)

La narración del episodio del engaño ocupa más de una página e incluye todos los rasgos del motivo, incluida la burla final. Los agentes de la burla final son un personaje colectivo (“los indios”) y no el cacique mismo. Carentes de caballos y sin conocer el recurso de enfrentarlos con picas, los indios usaban los árboles como refugios. La voz autorial narra cómo un indio perseguido por dos jinetes se refugió en un árbol y les abatió sus caballos a flechazos. Al episodio (en el capítulo 24 de la parte VI) sigue la burla del indio:

[...] el cual, contento con las dos buenas suertes que en tan breve tiempo y con tan buena ventura avía hecho, se fue corriendo al monte haciendo burla y escarnio dellos volviendo el rostro a hacerles visages y ademanes, y les dezía yéndose al passo dellos sin querer lo que podía: “peleemos todos a pie y veremos quién son los mejores”. Con estas palabras y otras que dixo en vituperio de los castellanos, se puso en salvo.

No siempre la burla sigue al engaño. En una ocasión, los españoles vieron venir hacia ellos un indio, con plumaje en la cabeza, que avanzó hacia ellos solo y pacífico como si trajera un recado o mensaje

del cacique para el gobernador, pero, a menos de cincuenta pasos de ellos,

[...] puso con toda presteza y gallardía una flecha en el arco y, apuntando a los de la rueda que le estaban mirando, la soltó con grandísima pujança. [...] Aviendo hecho este bravo tiro, volvió el indio huyendo al monte, y corría con tanta velocidad y ligereza que bien mostraba averse fiado en ella para venir azer lo que hizo (V, II/5: 492).

En este episodio la “picardía” del indio consistió en hacer como que venía en son de paz, engañando así a quienes estaban viendo su avance.

El engaño se presenta, también, como una táctica necesaria de parte de los pobladores autóctonos a los efectos de compensar la desventaja resultante de la falta de caballos para enfrentar a los invasores.

En circunstancias en que los sobrevivientes de la invasión buscaban una ruta para retirarse, entran en un desierto y se dan cuenta de que el guía indio los había estado llevando *ex profeso* de un lado a otro. Apremiado, el indio confesó que lo había hecho por seguir órdenes de su jefe. Los españoles premiaron la lealtad del indio a su jefe y la información brindada soltándole los perros, los que “con la mucha hambre que tenían en breve espacio lo despedaçaron y se lo comieron” (V, II/3: 489 ss.).

Tratándose de táctica militar no resulta fácil determinar la frontera entre el engaño y la astucia, que son utilizados por ambos bandos. Los indios entraban a escondidas y en silencio a los fuertes de los españoles para flechar caballos y asesinar centinelas y los españoles se emboscaban en arboledas para capturar indios (cfr. V, II/3: 498). Los españoles usan del engaño para lograr sus propósitos tácticos, como sucede en el episodio de la captura de un cacique, actuación que el autor cuzqueño narra en la parte II, capítulo 23: 290 ss.

Otro ejemplo de relato picaresco con comentario hilarante de parte del pícaro, es la secuencia en la que Vasco Porcallo se mete con su caballo en una ciénaga para dar el ejemplo a la tropa, se salva de perecer ahogado mas sale lleno de lodo y vergüenza, y resuelve retirarse de la empresa. Como compensación, se burlaba de los nombres de los curacas Hirrihigua y Urribarracuxi y decía:

Doy al diablo la tierra donde los primeros y más continuos nombres que den ella he oído son tan viles e infames. Voto a tal, que de tales [principios]

no se pueden esperar buenos medios ni fines; ni de tales agüeros, buenos sucesos. (II, I/11: 175).

En estos últimos ejemplos, el rol “picaresco” ha recaído en españoles y poderosos; sin embargo, considerados funcional y morfológicamente, coinciden con procedimientos propios de la picaresca. No obstante, también se narran otros casos de conducta picaresca protagonizados por soldados y aun por pajes, como Juan López Cacho, “page del gobernador” que, debiendo acompañar a Gonzalo Silvestre de regreso con provisiones, se queda en el real al que habían llegado, “[...] diciendo: «A mí no me mandó el general bolver, ni venir».(II, I/13: 181).

El humor

El motivo del hambre, muy presente en la picaresca, aparece elaborado en varios episodios relacionados con el humor. La importancia de este motivo se ve subrayada en un capítulo entero (el VIII de la parte tercera parte) titulado “De un cuento particular acerca de la hambre que los españoles pasaron, y cómo hallaron comida”, en el que se relata cuando Gonçalo Silvestre repartió dieciocho granos de maíz entre sus soldados, diciendo que llevaba unos mazapanes recién preparados y llegados de Sevilla y una rosca de Utrera, tierna y recién salida del horno. Los soldados rieron, ante lo cual Silvestre respondió: «Pues porque veáis que no he mentado a ninguno de vosotros, os daré cosa que al uno le sepa de maçapanes, si los ha en gana, y al otro a rosca de Utrera, si se le antoja».

A veces el humor se hace presente en réplicas de protopícaros como Antón Galván, quien, de acuerdo con la sutil litote del Inca, “no era el más discreto de sus aldeanos”. Este personaje aseguraba: «Cuando los indios nos mataron a mí y a mi compañero Pedro López, hezimos esto y esto», y cuando le hacían ver que estaba vivo, respondía «A mí también me mataron, y, si soy vivo, Dios me volvió a dar la vida”. El autor señala con ironía que “Galván, preseverando en su lenguaje pulido, diziéndolo siempre de una propia manera, dava contento y qué reír a sus compañeros”. (II, II/17: 252). Similar función cumplen este y otros episodios en el cuerpo textual de LFI, aliviando la tensión producida en el lector por la narración de hechos crueles y penosos.

Gómez Suárez de Figueroa es consciente de este efecto y con-
signa que “[...] sucedieron en el real lançes no menos crueles y espan-
tables que dignos de risa.” En efecto, siguiendo órdenes de su cacique,
muchos indios que estaban al servicio de los españoles se rebelaron
al unísono: “[...] dieron a sus amos en la cara las ollas de su comida
que, según las tenían hirviendo, algunos salieron quemados. Otros les
dieron platos, escudillas, xarros y cántaros. Otros, con bancos, sillas y
mesas, donde las avía [...]” (II, I/29: 226).

Así, otro indio que era llevado por un español pequeño, llama-
do Francisco de Saldaña, asíó a su amo por detrás, lo levantó en alto
“como a un niño” y lo tumbó en el suelo y le saltó encima “con tanta
ira y ravia que uviera de reventarlo a coçes y patadas” (II, I/29: 227).
El Inca no desaprovecha la oportunidad para, de acuerdo con la norma
de la picaresca, entregar una digresión moralizante a propósito del
episodio: “Porque van a mal partido los cuerdos que están sujetos
y obligados a obedecer y hazer lo que ordena y manda un loco, que
es una de las mayores miserias que en esta vida se padescé” (II, I/29:
228).

El capítulo siguiente comienza con un balance en la línea de la
aequitas retórica, en el que el Inca señala el trágico desenlace: “Des-
pués de la batalla digna de risa que hemos contado, aunque sangrienta
y cruel para los pobres indios, estuvo el gobernador cuatro días en
el pueblo de Vitachuco reparando el daño que él y los suyos avían
rescebido”.

Una tesis dogmática: el providencialismo

Como en muchas de las narraciones picarescas, entre episo-
dio y episodio encontramos discurso no-narrativo, ensayístico, que va
pautando el relato en forma de comentarios didáctico-moralizantes y
la a veces explícita defensa de una tesis dogmática: “Esta duda y otras
muchas que nuestra historia calla, se aclararán cuando Dios Nuestro
Señor sea servido que aquel reino se gane para aumento de su Santa
Fe Cathólica.” (III: 351).

Algunos críticos han señalado la deuda del Inca Garcilaso con
el neoplatonismo humanista de León Hebreo, de cuño agustiniano, y
hay buenas razones para pensar que en su *Dialoghi d’amore*, tradu-
cido por el Inca y publicado en 1590, ha de buscarse buena parte de

la etiología de la visión de mundo del peruano. Avalu-Arce (1962 y 1988), Cornejo Polar (1993) y Majfud (2009) entre otros han estudiado la ideología del Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales de los Incas* y en su *Historia General del Perú*. En su artículo sobre su concepción de la Historia, Avalu-Arce (cfr. Goic183) sostiene que España heredó el providencialismo mesiánico medieval (en efecto, está presente en Alfonso X), esto es, la idea de que Dios actúa diariamente en la vida humana, y que en el XVI le dio un giro personalista: “Dios interviene en forma directa en la historia española y señala así a esta nación como el instrumento de su Providencia. Imperialismo y providencialismo se convierten así en dos caras de la medalla”.

No caben dudas de que el Inca Garcilaso adoptó esta tesis y le imprimió un giro propio, una suerte de neo-antropocentrismo, al admitir la importancia de la voluntad humana en el devenir histórico. En su *Comentarios...* y en su continuación, *Historia General del Perú*, ejemplifica abundantemente³. Veamos ahora ejemplos de cómo el providencialismo también está presente en LFI.

Puesto a reflexionar sobre las causas de la derrota y el fracaso de la expedición, el Inca señala que Hernando de Soto no solo perdió “contento y esperanças” sino también lo conquistado, su hacienda y, agrega, “asimismo [perdió] aver dado principio a un grandíssimo y hermosíssimo reino para la corona de España y el averse aumentado la Santa Fe Cathólica, que es lo que más se debe sentir” [III: 396]. De la cita se desprende que Gómez Suárez de Figueroa pone por encima de todo lo material el valor de la tesis que ha venido sosteniendo el relato de LFI: lo más importante en el empeño de la conquista no es la obtención de reinos nuevos y riquezas sino el aumento de la fe católica, por obra de la Providencia y, en primer lugar, de la nación española. Respecto a los motivos de la escritura de su historia, escribe el Inca:

³ Por ejemplo, subrayó el papel de los amautas filosóficos del incario (Libro segundo, II) y presentó la concepción antropomorfa del dios Wiracocha como una representación y prefiguración del Dios único. Para el Inca, Pachacamac, el sostenedor del mundo, era el nombre de Dios, e implicaba una abstracción de la divinidad por parte de los indígenas, lo que presentó como un argumento suficiente para indicar que estaban a la espera de la revelación que la conquista llevaría.

Mi principal intento [...] no ha sido otro sino dar relación al rey mi señor y a la república de España de lo que tan cerca della los mismos españoles tienen descubierto para que no dexen perder lo que sus antecesores trabajaron, sino que se esfuerzen y animen a ganar y poblar un reino tan grande y tan fértil, lo principal, por el aumento de la Fe Cathólica [...]. A la cual predicación están obligados los españoles más que las otras naciones cathólicas, pues Dios, por su misericordia, los eligió para que predicasen su evangelio [...] (VI: 550)

El providencialismo está presente también en los ejemplos que el autor pone acerca de cuán fácilmente los indios pueden recibir la fe. En el capítulo II de la parte quinta, por ejemplo, relata la manera de que los indios de la provincia de Guancane adoptaban la cruz, la llevaban en sus manos y la ponían sobre sus casas: “Donde se ve la facilidad que generalmente todos los indios tuvieron, y estos tienen para recibir la Fe Cathólica [...]” (V, I/2: 466).

Discusión y conclusiones

Más allá de la situación ambigua del autor como mestizo y su necesidad de legitimarse en tanto que persona culta, digna de respeto y consideración, hay que recordar que tanto por parte de padre como de madre Gomez Suárez de Figueroa es hijo de nobles al servicio de dos imperios. No es de extrañar, si se considera la génesis y escritura de LFI, que Gómez Suárez de Figueroa haya defendido en su libro la invasión imperial y proclamado su orgullo por ser hijo de conquistador. Tampoco, que se haya esmerado en la composición, dotándola de literalidad al agregar a la base testimonial directa una serie de *genera dicendi* en boga durante la época. Así, la carga de ficcionalidad y de voluntad poética acompaña al soporte historiográfico-testimonial. Se trata, sin dudas, de un libro con una extraordinaria riqueza textual.

A la lista de influencias y fuentes en las que el Inca abrevó hemos agregado a modo de hipótesis, la picaresca. La pregunta que surge, a modo de contrahipótesis, es cuántos de estos rasgos pueden encontrarse en otros géneros de la época, como crónicas y narraciones históricas. Es evidente que dilucidar este aspecto excede las pretensiones y posibilidades del presente trabajo, pero queda planteada la pregunta y una respuesta provisoria: LFI se destaca entre las crónicas

por la fuerte presencia de la literalidad que también se manifiesta en estas huellas de la picaresca.

Hemos analizado morfotemáticamente y desde la hermenéutica una serie de rasgos que, considerados de uno en uno, dan testimonio de la apuntada riqueza textual de LFI así como de la capacidad ficcional, testimonial y poética del autor peruano. Estos han sido, siguiendo el orden de la exposición, el narratario o el lector explícito; el carácter episódico; *imitables* y *anti-imitables*; el motivo del engaño y la burla; el humor y finalmente, la presencia de una tesis dogmática, el providencialismo. Las evidencias en términos de cantidad y calidad de ocurrencias conforman una isotopía de la picaresca en LFI. Se sugiere que estos rasgos provienen todos de esa familia de textos, en la que siempre están presentes, y que por ende la riqueza textual de LFI resulta mayor de lo que se había pensado.

Referencias bibliográficas

- Aracil Varón, María Beatriz. *Abel Posse: de la crónica al mito de América*. Prólogo de Carmen Alemany Bay. Alicante: Cuadernos de América sin nombre, 2004.
- Avalle-Arce, Juan Bautista. "Perfil ideológico del Inca Garcilaso". *Atenea* 147 (1962): 82-91.
- . "Universalismo en la concepción de la Historia del Inca Garcilaso". Cedomil Goic, *Historia de la literatura hispanoamericana, I, Época colonial*, Barcelona: Crítica, 1988.
- Barraza, Eduardo. "La escritura historiográfica en *La Florida* del Inca Garcilaso de la Vega". *ALPHA: Revista de Artes, Letras y Filosofía* 15 (1999): 33-51.
- Casas de Faunce, María. "La novela picaresca hispanoamericana: una teoría de la picaresca literaria". *La picaresca: orígenes, textos y estructura: actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*. Coord. Manuel Criado de Val (1979): 965-973.
- Cornejo Polar, Antonio. "El discurso de la armonía imposible", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 19, 38 (1993): 73-80.
- Costa Milton, Heloísa. "Comparaciones plausibles: una lectura de *Macunaíma* a la luz de la picaresca clásica". *Actual Investigación* 44 (septiembre-diciembre 2000): 249-274.
- de Mora, Carmen. "Introducción", *El Inca Garcilaso. La Florida*. Introducción y notas de Carmen de Mora, Madrid: Alianza Editorial, 1988.

- Durand, José. “La biblioteca del Inca”. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Año 2, No. 3, (Jul. - Sep. 1948): 239-264, 1948.
- . “Las enigmáticas fuentes de la Florida del Inca”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 168 (diciembre de 1963): 597-609.
- Fernández Urtasun, R. e Iriarte López, M. “Huellas de la picaresca en la narrativa española del siglo XX”. Mata, Carlos y Miguel Zugasti (eds.), *Actas del Congreso “El Siglo de Oro en el nuevo milenio”*. Eunsa (2005):713-724.
- Ferreras, Juan Ignacio. *La novela en el siglo XVI*. Madrid: Taurus (*Historia crítica de la literatura Hispánica* 6), 1987.
- García López, Jorge. “Rinconete y Cortadillo y la novela picaresca”. *Bulletin of the Cervantes Society of América*. (1999): 113- 124.
- Garrido Ardila, Juan Antonio. *La novela picaresca en Europa, 1554-175*. Madrid: Visor (Biblioteca Filológica Hispana; 109), 2009.
- Goic, Cedomil. *Historia de la literatura hispanoamericana, I, Época colonial*, Barcelona: Crítica, 1988.
- Gonzalez, Mario M.”La novela neopicaresca brasileña”. *Cuadernos hispanoamericanos* 504 (1992): 81-92.
- Grillo, Rosa María. *Escribir la Historia: Descubrimiento y Conquista en la novela histórica de los siglos XIX y XX*. Prólogo de Beatriz Aracil Varón, *Cuadernos de América sin nombre* 27, Universitat d’Alacant, 2010.
- Inca Garcilaso de la Vega. *El Inca Garcilaso. La Florida*. Introducción y notas de Carmen de Mora, Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- Jolles, André. *Las formas simples*. Trad. de Rosemarie Kempf Titze. Revisión del texto español y Notas de Carlos Foresti Serrano. Santiago: Editorial universitaria (Serie teoría literaria), 1972.
- Lausberg, Heinrich. *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura*. Versión española de José Pérez Riesco. Madrid: Gredos (Biblioteca Románica Hispánica; 15), 1984.
- Lázaro Carreter, Fernando. «*Lazarillo de Tormes*» en la picaresca. Esplugas de Llobregat, Barcelona: Ariel, 1972.
- . “Para una revisión del concepto ‘novela picaresca’”. *‘Lazarillo de Tormes’ en la picaresca*, Barcelona: Ariel, 1978: 193-229.
- Majfud, Jorge. “Mestizaje cosmológico y progreso de la historia en el Inca Garcilaso de la Vega”. Edición digital de Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, disponible en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/mestizaje-cosmolgico-y-progreso-de-la-historia-en-el-inca-garcilaso-de-la-vega-0/html/02365b42-82b2-11df-acc7-002185ce6064_5.html#I_0_, 2009.
- . “La dualidad en los episodios amplificativos de «La Florida del Inca»”. Edición digital de Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-dualidad-en>

los-episodios-amplificativos-de-la-florida-del-inca-0/html/0236b06a-82b2-11df-acc7-002185ce6064_3.html, 2009.

- Moreno Báez, E. “El providencialismo del Inca Garcilaso”. *Estudios Americanos*, 8 (1954): 143-54.
- Parker, Alexander A. *Los pícaros en la literatura: la novela picaresca en España y Europa (1599-1753)*. / Versión española de Rodolfo Arévalo Mackry. Madrid: Gredos (Biblioteca Románica Hispánica 2, Estudios y ensayos; 164), 1971.
- Pupo-Walker, Enrique. “La Florida, del Inca Garcilaso: Notas sobre la problematización del discurso histórico en los siglos XVI y XVII”. *Cuadernos Hispanoamericanos: Revista Mensual de Cultura Hispánica* (417, Mar 1985): 91- 111.
- Rodríguez-Vecchini, Hugo. “Don Quijote y La Florida del Inca”. *Revista Iberoamericana* (48, 120-121, July-Dec 1982): 587-620.
- Smerdou Altolaquirre, Margarita. “El engaño a los ojos: un motivo literario”. *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. Anuario I* (1978): 41-46.
- Torres Rioseco, Arturo. *La gran literatura iberoamericana*, Buenos Aires: Emecé Editores, 1945.
- Vaccarella, Eric. “Echoes of Resistance: Testimonial Narrative and Pro-Indian Discourse in El Inca Garcilaso de la Vega’s *La Florida del Inca*”. *Latin American Literary Review* 32, 64 (July-Dec 2004): 100-19.
- Zamora Vicente, Alonso. *Qué es la novela picaresca*. Edición digital de Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002 (basada en la de Editorial Columba, D.L. 1962). Disponible en <http://213.0.4.19/servlet/SirveObras/12604282009040405209624/index.htm>, 2002.
- Zanelli, Carmela Teresa. *Garcilaso y el final de la historia: Tragedia y providencialismo en la segunda parte de los ‘Comentarios reales de los Incas’*. Los Ángeles: University of California, 2010. Edición digital disponible en <http://ezproxy.its.uu.se/login?url=http://search.proquest.com/docview/861334247?accountid=14715>. (2013-03-30).

Fuentes de Internet:

- S/a <http://www.laaventuradelahistoria.es/2012/08/05/los-restos-de-la-expedicion-de-hernando-de-soto-vuelven-a-casa.html> (2014 -01- 02)
- Trillo, Manuel (2013). “Hernando de Soto”, el fiero conquistador que recorrió Estados Unidos en busca de riquezas”, disponible en <http://www.abc.es/historia-militar/20130712/abci-hernando-soto-conquistador-201307111340.html>2013 (2014- 01- 08)